

LA SANTIFICACION EN EL TRABAJO *

JEAN-MARIE AUBERT

Un aspecto profundamente original en el pensamiento de Mons. Escrivá de Balaguer, aspecto tradicional y muy moderno al mismo tiempo, es precisamente lo que podemos llamar su espiritualidad del trabajo. Tradicional por cuanto el cristianismo ha considerado siempre el trabajo como uno de los elementos de la vocación divina del hombre, y muy moderno, porque el fundador del Opus Dei ha tenido el gran mérito de conceder al trabajo un lugar eminente en la vía de la santidad. En estas páginas nos gustaría poner de relieve, señalando los puntos fuertes, que esta espiritualidad contiene una verdadera «teología del trabajo» y que es la expresión anticipada de la gran orientación de la Iglesia en nuestros días, tanto en la enseñanza del Vaticano II como en la de los Romanos Pontífices.

Basta abordar las publicaciones de Mons. Escrivá de Balaguer, y especialmente sus homilias, para comprobar que lo que dice sobre el trabajo no se limita a algunas difusas generalidades, una especie de concesión a la moda, sino que se trata de un resumen, de gran riqueza doctrinal, de una auténtica reflexión teológica que inserta el trabajo en el contexto de los dogmas fundamentales de nuestra fe: Creación, Encarnación, Redención. Esto es lo que nos gustaría destacar en las páginas siguientes, limitándonos a las homilias contenidas en el libro *Quand le Christ passe*¹.

* Este artículo fue redactado por su autor antes de la publicación de la encíclica *Laborem exercens*, pero, como podrán observar los lectores, la doctrina que el autor encuentra en las enseñanzas del Fundador del Opus Dei sobre el trabajo recibe plena confirmación en ese documento pontificio (N. de la R.).

1. *Quand le Christ passe. Homélies*, Ed. Têqui, Paris 1975.

El trabajo prolonga la Creación

«Para un cristiano... el trabajo aparece como participación en la obra creadora de Dios, que, al crear al hombre, lo bendijo diciéndole: *Procread y multiplicaos y henchid la tierra y sojuzgadla...*»². Este texto de 1963 anuncia de entrada la gran enseñanza del Concilio Vaticano II, que habla del trabajo como de «una prolongación de la obra del Creador, una aportación personal a la realización del plan de la Providencia en la historia»³, modo de «colaborar a la terminación de la creación divina»⁴; esta enseñanza ha sido recogida por Pablo VI, sobre todo en el n. 22 de la Encíclica *Populorum progressio*, en donde la función del trabajo es descrita como destinada a completar la creación.

Nos encontramos ante una doctrina esencial que está en la base de toda espiritualidad, pero que el fundador del Opus Dei ha puesto especialmente en evidencia y de la que ha sacado todas las consecuencias. Frente a muchas otras espiritualidades, que consideraban el trabajo sobre todo en su dimensión ascética, como un medio de mortificación que permanecía, por tanto, un poco al margen de la búsqueda de la perfección, Mons. Escrivá de Balaguer concede al trabajo un lugar muy distinto, como medio de santificación. Y esto deriva directamente de la doctrina que hemos citado y que conviene ahora precisar.

A partir de la idea bíblica fundamental de que el hombre ha sido creado por Dios a su imagen y semejanza⁵, hay que señalar que la vocación del hombre es crecer y desarrollarse, buscando una semejanza con Dios cada vez más completa y llegando incluso a la participación en la vida divina: ésta será la gran obra de Cristo, como veremos más adelante. Ahora bien, esta identificación con Dios, que se realiza esencialmente por la gracia, en la oración, los sacramentos y la vida interior, puede lograrse participando por medio del trabajo en la acción *ad extra* de Dios, que es la creación. La misión del trabajo humano es precisamente servir de medio al hombre para alcanzar la participación en la vida divina a través de la participación en la acción creadora, prolongándola y poniéndola de relieve en la glorificación de Dios.

Hay que comprender bien la grandeza de esta intuición: al ser el hombre imagen de Dios, la naturaleza, transformada por el trabajo, puede hacerse de este modo más semejante al hombre; y, humanizándose, se hace al mismo tiempo más semejante a Dios. Dicho de otro modo: al transmitir a las cosas su inteligencia y su acción transformadora, el hombre puede transmitir también el pensamiento y la potencia

2. *Es Cristo que pasa*, n. 47.

3. *Gaudium et Spes*, n. 34.

4. *Ibidem*, n. 67.

5. Gen. 1,26.

divina, de las cuales él es imagen y colaborador; Pío XII lo decía en su mensaje de Navidad de 1957: «el trabajo continúa la obra comenzada por el Creador».

El trabajo y la salvación en Jesucristo

Sabemos que este plan divino para el hombre ha encontrado el gran obstáculo del pecado. Como el hombre, que rechaza por orgullo el amor de Dios, el trabajo sufre las consecuencias del pecado⁶ y entra por tanto, de hecho, en la historia de la salvación que debía traernos Jesucristo Redentor. Así es como el trabajo, tras el pecado, se ha transformado a menudo en obstáculo para la promoción moral y espiritual del hombre, al no realizar el papel que debía jugar según el plan de Dios. Ese trabajo puede entonces ser alienante, o degradante, como había expresado con fuerza Pío XI: «En contra del plan de Dios, el trabajo del hombre tiende en esas condiciones a convertirse en instrumento de depravación; la materia sale del taller ennoblecida, mientras que los hombres se envilecen»⁷. El esfuerzo humano está siempre amenazado por la soberbia, el egoísmo, o simplemente el afán desordenado de lucro, que le desvía de su verdadero fin. «Como toda actividad humana, necesita entonces ser rescatado del pecado que puede injertarse en él. Debe existir por tanto un nexo entre la Redención y la transformación del mundo por el trabajo. Y para que esta transformación no derive hacia la desgracia del hombre, para que se vea liberada de toda ambigüedad, para que el esfuerzo que va unido al trabajo adquiera un valor positivo, es precisa la gracia de Dios»⁸.

Este aspecto del problema es puesto de relieve por Mons. Escrivá de Balaguer, que saca de él una enseñanza muy útil en nuestra época: «El trabajo acompaña inevitablemente la vida del hombre sobre la tierra. Con él aparecen el esfuerzo, la fatiga, el cansancio: manifestaciones del dolor y de la lucha que forman parte de nuestra existencia humana actual, y que son signos de la realidad del pecado y de la necesidad de la redención»⁹. Pero va más lejos, y éste es un gran mérito con el que demuestra un gran sentido teológico, haciendo ver que la Redención debe tener un efecto positivo sobre el trabajo hasta el punto

6. Gen. 3,17-19.

7. Enc. *Quadragesimo anno*, AAS 23 (1931), p. 221-222.

8. Cfr. Jean-Marie AUBERT, *Morale sociale pour notre temps* (Le Mystère chrétien), Paris, Ed. Desclée, pág. 118; edición española: *Moral social para nuestro tiempo*, Barcelona, Ed. Herder, pág. 156. En este libro puede encontrarse un amplio desarrollo de la teología del trabajo.

9. *Es Cristo que pasa*, n. 47. Y el autor escribe más adelante: «al haber sido asumido por Cristo, el trabajo se nos presenta como realidad redimida y redentora».

de darle de nuevo *un puesto realmente positivo en la santificación*. Es innegable que hasta época reciente muchos autores cristianos sólo hablaban del trabajo en términos pesimistas, cegados por el esfuerzo que llevaba anejo. Toda una corriente de la tradición cristiana, olvidando el plan divino primitivo, ha absolutizado las consecuencias del pecado sobre el trabajo como si la gracia de Cristo Redentor no fuera capaz de ayudar a superar esos obstáculos; y es un hecho que con excesiva frecuencia se ha visto en el trabajo tan sólo un medio ascético, debido a su aspecto costoso, sin entrever su valor positivo de cooperación a la obra creadora. Mons. Escrivá de Balaguer se alza con fuerza contra semejante presentación pesimista, que rechaza con una frase lapidaria: «El trabajo en sí mismo no es una pena, ni una maldición o un castigo: quienes hablan así no han leído bien la Escritura Santa»¹⁰.

Una vez restablecida de este modo la verdad, era lógico profundizar en esta vía positiva de integración del trabajo, rescatado por Cristo, en la gran obra de santificación y de apostolado, trazo característico del Opus Dei. Hay que destacar, desde este punto de vista, un hecho esencial en cuyo origen se encuentra Mons. Escrivá de Balaguer: la tradición anterior, con algunas raras excepciones, no había considerado necesario ocuparse de los 30 años vividos por Jesucristo antes de su vida pública, como si esos años de vida oculta, que constituyen la mayor parte de la existencia de nuestro Redentor, carecieran de significación particular. Mons. Escrivá de Balaguer, sin embargo, sin quitar importancia a los tres años de vida pública, ha llamado la atención sobre este largo trecho de la existencia de Jesús, demostrando que no puede separarse de los años públicos y que encierra también una rica enseñanza para nosotros. ¿Qué hubo en esos años? Es innegable que en el contenido de esta vida no hubo sino trabajo, un trabajo que Jesús asumió no sólo durante su adolescencia sino durante la mayor parte de su vida adulta, hasta los treinta años. Puede por tanto decirse que en la historia de la salvación *el trabajo humano ha vuelto a encontrar, en la existencia de Jesús, su primitiva dignidad*, querida por el Creador, y que fue incluso elevado a la dignidad de ocupación esencial del Verbo encarnado durante los largos años de Nazareth. El Concilio Vaticano II ha resumido esta doctrina, sobre todo en la Constitución Apostólica *Gaudium et Spes*: «Sabemos que el hombre ha sido asociado a la obra redentora de Jesucristo, que ha dado una dignidad eminente al trabajo ejecutándolo con sus propias manos en Nazareth»¹¹. Otra iniciativa de Mons. Escrivá de Balaguer, que debe ser puesta en relación directa con esta valoración del trabajo, es la importancia del culto a San José. Aunque no podremos detenernos aquí en este tema, recorde-

10. *Ibidem*, n. 47.

11. Cons. past. *Gaudium et Spes*, n. 67.

mos que se trata de dar de este gran Santo su auténtica imagen, al margen de representaciones populares reductoras y un tanto dulzonas que le ven como un anciano o como un personaje de segundo orden; la hermosa homilía *En el taller de José* restablece la verdad sobre el papel único jugado por este patriarca, cuya intimidad con Jesús le hace «Maestro de vida interior»¹².

La reflexión teológica nos permite percibir aún mejor la enseñanza sobre la dignidad eminente del trabajo asumido por Jesús en la escuela de José. Antes hemos hablado de la relación entre la creación y el trabajo humano, que continúa la creación y manifiesta su gloria, pero conviene no olvidar la doctrina sobre la relación entre Cristo y la creación, expresada con fuerza por San Juan en el prólogo de su Evangelio: «En El fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles»¹³. Por otra parte, habiendo asumido en tanto que Verbo encarnado la naturaleza humana, Cristo asume la misión divina señalada al hombre, para darle un sentido más pleno y elevado. Ahora bien, como el trabajo, en tanto que transformación y humanización del mundo, tiene como objetivo fundamental una más explícita gloria de Dios, esta misión debe realizarse esencialmente a través de Jesucristo. Está por tanto dentro de la lógica misma de la Encarnación el que Jesús vuelva a dar al trabajo toda su dignidad, puesto que salvando al hombre ha restablecido la creación en su dignidad y en su finalidad. Se percibe así el sentido profundamente teológico del empeño de Mons. Escrivá de Balaguer para hacer del trabajo un elemento esencial de la imitación de Jesús y, en consecuencia, de santificación.

El trabajo, medio de santificación

Es conveniente situar con precisión el lugar del trabajo en este contexto espiritual, si quieren sacarse todas las consecuencias de esta enseñanza. El trabajo entra como elemento fundamental en el plan de Dios sobre el hombre y en la imitación de Jesús, y se convierte por tanto en medio privilegiado de santificación, puesto que ésta es antes que nada la realización de la voluntad de Dios y la participación en la vida de Cristo.

El trabajo es en primer lugar un medio de santificación personal. Desde luego, sólo la gracia nos introduce en la vida sobrenatural, pero no debemos olvidar que la gracia únicamente se desarrolla sobre la naturaleza humana creada por Dios («gratia supponit naturam»), es

12. Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 56.

13. Col. 1,16.

decir, a partir de la vocación humana de la que el trabajo forma parte. Mons. Escrivá lo repite con fuerza: «os recuerdo, una vez más, que todo eso no es ajeno a los planes divinos. Vuestra vocación humana es parte, y parte importante, de vuestra vocación divina. Esta es la razón por la cual os tenéis que santificar..., precisamente santificando vuestro trabajo»¹⁴; en la misma línea, se encuentra la enseñanza del Papa Juan XXIII: «Es perfectamente conforme al plan de la Providencia que cada uno se perfeccione por su trabajo cotidiano»¹⁵. Para el fundador del Opus Dei el trabajo no es por tanto una simple ocasión de mortificación, sino un auténtico medio para santificarse, a condición de que sea vivido en un contexto de oración, de sacrificio, de vida interior y de unión a Dios.

En cuanto medio de santificación, además, el trabajo no debe limitarse a la esfera personal; desborda ampliamente este terreno: tiene que ayudar a la santificación de los demás, en un espíritu comunitario. Es éste otro aspecto del tema sobre el que también ha insistido con precisión Mons. Escrivá de Balaguer.

Incluso desde un punto de vista natural es el trabajo factor de solidaridad humana, de acercamiento entre los hombres. Por su misma estructura, por la especialización y complementariedad de las diversas actividades, el trabajo hace solidarios a los trabajadores y puede ayudarles a descubrir la dependencia mutua en la realización de una tarea común que a menudo, sobre todo en el mundo industrial, es compleja. Pero el trabajo es factor de cohesión social a causa sobre todo de su finalidad, ya sea la función de producción, o la manutención de una familia. Y esto, porque su producto está destinado a ser consumido, a ser utilizado por otros, a hacerles la vida más grata: de ahí que el trabajo establezca entre los miembros del cuerpo social una profunda interdependencia.

¿Cómo no ver entonces que, desde este punto de vista, *el trabajo afecta al crecimiento del Reino de Dios*? Todo lo que acerca a los hombres, todo lo que les lleva a descubrir la fraternidad y la necesidad que tienen unos de otros, sólo tiene sentido si se pone al servicio de un amor verdadero: el que Cristo ha venido a anunciarnos en su gran mandamiento. En todo trabajo hay como una finalidad profunda querida por Dios: ser una llamada al amor; amor a los otros hombres y fundamentalmente amor a Dios, en cuya acción el trabajo nos hace participar. Mons. Escrivá lo recuerda de modo excelente: «Conviene no olvidar, por tanto, que esta dignidad del trabajo está fundada en el Amor... Por eso el hombre no debe limitarse a hacer cosas, a construir objetos. El trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor. Recono-

14. *Es Cristo que pasa*, n. 46.

15. JUAN XXIII, *Enc. Mater et Magistra*, n. 260.

ceamos a Dios no sólo en el espectáculo de la naturaleza, sino también en la experiencia de nuestra propia labor, de nuestro esfuerzo»¹⁶. Esta enseñanza, que el fundador del Opus Dei predicó desde 1928, es acorde con la doctrina de los últimos Papas, de Pío XII por ejemplo, que proclamaba en su mensaje de Navidad de 1957: «La vocación del cristianismo no es por tanto una invitación de Dios a la sola complacencia estética de su admirable orden, sino una llamada obligatoria a una acción incesante, austera, y dirigida en todos los sentidos y hacia todos los aspectos de la vida».

Trabajo y Apostolado

Esta espiritualidad, que integra el trabajo, aparece bien adaptada a las circunstancias actuales de la Iglesia en el mundo moderno, marcado por la industrialización y el progreso técnico. En este nuevo contexto, el trabajo no es sólo un medio de apostolado, sino él mismo un apostolado, en cuanto ha sido definido como amor y servicio al prójimo: ¿qué mejor servicio puede prestarse que el de acercar los hombres a Dios? Este nexo entre trabajo y apostolado es fundamental para Mons. Escrivá de Balaguer: «El trabajo profesional es también apostolado, ocasión de entrega a los demás hombres, para revelarles a Cristo y llevarles hacia Dios Padre»¹⁷. Para cumplir esta noble misión, el trabajo debe poseer varias características fundamentales.

En primer lugar, debe ser concebido *en un contexto realmente sobrenatural*: no podemos olvidar nunca que sólo Dios es verdadero autor de todo apostolado, y que el hombre es un instrumento. El trabajo debe ser vivificado, transfigurado diríamos, por una auténtica vida interior de oración, de sacrificio y de unión con Dios, mantenida por la práctica de los sacramentos y en especial de la Eucaristía. Es un tema que aparece a menudo en la pluma de Mons. Escrivá de Balaguer¹⁸, y que no debe perderse nunca de vista porque sitúa al hombre en la verdad de su condición ante Dios: «Servir, pues: el apostolado no es otra cosa. Si contamos exclusivamente con nuestras propias fuerzas, no lograremos nada en el terreno sobrenatural; siendo instrumentos de Dios, conseguiremos todo»¹⁹.

Para que el trabajo como obra de amor, por otra parte, pueda jugar este papel apostólico, es preciso que se imponga por su seriedad y por su calidad, que manifieste una auténtica competencia: «Por eso, como lema para vuestro trabajo, os puedo indicar éste: *para servir, servir*.

16. *Es Cristo que pasa*, n. 48.

17. *Ibidem*, n. 49.

18. Cfr. *Ibidem*, nn. 171 a 178.

19. *Ibidem*, n. 120.

Porque, en primer lugar, para realizar las cosas, hay que saber terminirlas. No creo en la rectitud de intención de quien no se esfuerza en lograr la competencia necesaria, con el fin de cumplir debidamente las tareas que tiene encomendadas. No basta querer hacer el bien, sino que hay que saber hacerlo» ²⁰.

Otra característica, que explica en última instancia la insistencia puesta por el fundador del Opus Dei en esta misión apostólica del trabajo, es que a través de él el apóstol *entra en contacto real con los otros hombres*. Un modo eficaz es, sin duda, estar en medio de ellos, ser uno de ellos, compartiendo sus esfuerzos y sus alegrías. El cristiano sabe que no es del mundo (entendido como lugar del pecado), pero está en el mundo para ayudar a su salvación y para manifestar a Dios. Y el trabajo competente posee la inestimable virtud de granjearse el respeto y la audiencia, y, en cuanto participación de la misma condición existencial, permite influir sobre los otros hombres para hacerles llegar un mensaje. No hay duda de que el trabajo es percibido por nuestros contemporáneos como factor esencial de inserción social. Si el apóstol quiere revelar a Dios, debe compartir —de acuerdo con su condición laical— las preocupaciones justas de sus contemporáneos, en un codo a codo estrecho con ellos. Mons Escrivá de Balaguer ha comentado a menudo esta verdad: «El cristiano ha de encontrarse siempre dispuesto a santificar la sociedad *desde dentro*, estando plenamente en el mundo, pero no siendo del mundo, en lo que tiene —no por característica real, sino por defecto voluntario, por el pecado— de negación de Dios, de oposición a su amable voluntad salvífica» ²¹; o bien: «El cristiano, luchando continuamente por evitar las ofensas a Dios —una lucha positiva de amor—, ha de dedicarse a todo lo terreno, codo a codo con los demás ciudadanos; debe defender todos los bienes derivados de la dignidad de la persona» ²².

Esta condición es precisa por dos aspectos específicos que deben ser mencionados. En primer lugar, esta presencia en el mundo del trabajo se realiza a través de la profesión: «Os tenéis que santificar, contribuyendo al mismo tiempo a la santificación de los demás, de vuestros iguales, precisamente santificando vuestro trabajo y vuestro ambiente» ²³. Pero, frente a cierta teología del trabajo que limita con frecuencia su reflexión al mundo proletario en una especie de «obrerismo», aquí puede y debe jugar ese papel todo tipo de trabajo, manual o intelectual, de ejecución, de decisión o de concepción. Al ser concebido el trabajo como prolongación de la acción creadora divina, no puede admitirse ningún tipo de exclusivismo, en la medida en que el objeto de

20. *Ibidem*, n. 50.

21. *Ibidem*, n. 125.

22. *Ibidem*, n. 184.

23. *Ibidem*, n. 46.

ese trabajo sea conforme a la voluntad divina. Y no habría que excluir de semejante función, hablando de este tema, la vida intelectual, por cuanto es una actividad soberana en grado eminente, un trabajo en el sentido más noble del término en la dialéctica de participación en la vida divina. No es sólo la actividad «transitiva» (utilizando la terminología escolástica) o trabajo productivo el que perfecciona al hombre, sino también, y sobre todo, la actividad «inmanente», la del espíritu y la voluntad en la acción contemplativa, ya sea poética, filosófica, científica, teológica o mística.

Esta actuación apostólica en el ambiente, codo a codo con los demás hombres, implica otra consecuencia sobre la que Mons. Escrivá de Balaguer ha insistido, señalando su oposición frente a otras concepciones. No es necesario, ni siquiera útil, que este apostolado profesional se haga en el interior de organismos confesionales. Mons. Escrivá ha tocado el tema con frecuencia y con nitidez: «Por eso, aunque quizá sea conveniente en algunos momentos o en algunas situaciones, de ordinario no me gusta hablar de *obreros católicos*, de *ingenieros católicos*, de *médicos católicos*, etc., como si se tratara de una especie dentro de un género, como si los católicos formaran un grupito separado de los demás, creando así la sensación de que hay un foso entre los cristianos y el resto de la Humanidad»²⁴; o bien: «Personalmente no me ha convencido nunca que las actividades corrientes de los hombres ostenten, como un letrero postizo, un calificativo confesional»²⁵. La reflexión muestra que en esta opción hay, además de su modernidad, una mayor fidelidad al Evangelio, que pide al cristiano que actúe en medio de los hombres como la levadura en la masa o como la sal en los alimentos²⁶. De este modo, queda sobreentendida toda una eclesiología: la Iglesia no es un *ghetto* o una fortaleza que rechaza fuera de ella un mundo en perdición; es, en medio del mundo, «en Cristo, en cierto modo el sacramento, es decir, al mismo tiempo el signo y el medio de la unión íntima con Dios y de la unidad del género humano»²⁷. Uno de los grandes méritos del fundador del Opus Dei es, con certeza, haber anticipado esta enseñanza y haberla actualizado en una espiritualidad que es al mismo tiempo fiel a la tradición y adaptada a los hombres de nuestra época.

24. *Ibidem*, n. 53.

25. *Ibidem*, n. 184.

26. No es posible desarrollar aquí este tema; puede consultarse nuestro trabajo *Vivre en chrétien au XX^e siècle*, t. 1, *Le sel de la terre*, Mulhouse, Ed. Salvator, 1977; o, más resumido, el estudio que hemos publicado en la revista del Patronato cristiano *Professions et Enterprises*, 698 (1980): *Travail et spiritualité: croissance économique et vocation divine de l'homme*.

27. *Lumen gentium*, n. 1.

